

1º: El Bautismo de Jesús en el Jordán

Jesús no necesitaba para sí mismo el bautismo de conversión de Juan el Bautista; pero, para cumplir el designio del Padre, tenía que cargar los pecados del mundo; incluso, como dice san Pablo: «A quien no conoció pecado, le hizo pecado por nosotros, para que viniésemos a ser justicia de Dios en Él»¹; y así, como Cordero de Dios, quitar el pecado del mundo en la inmolación pascual, que culminaría el camino emprendido en el Jordán.

Nosotros sí necesitamos ser purificados de los pecados, empezando por el sacramento del Bautismo, que borra el pecado original, y el sacramento de la Penitencia, que nos va liberando de los pecados cometidos durante la vida. Por eso decía la Virgen en el mensaje de 1 de diciembre de 1984: «*Vuestros pecados, hijos míos, aunque sean como la escarlata quedarán limpios (...). Di que se confiesen, di que se confiesen sus culpas*». Acudamos con frecuencia a la Confesión, fuente de perdón y de gracia.

¹ 2 Co 5, 21.

2º: La Revelación en las bodas de Caná

En el capítulo segundo de su Evangelio, narra san Juan que «se celebraba una boda en Caná de Galilea y estaba allí la madre de Jesús. Fue invitado también a la boda Jesús con sus discípulos. Y, como faltara vino, porque se había acabado el vino de la boda, le dice a Jesús su madre: “No tienen vino”. Jesús le responde: “¿Qué tengo yo contigo, mujer? Todavía no ha llegado mi hora”. Dice su madre a los sirvientes: “Haced lo que Él os diga”»².

Explica san Juan Crisóstomo: «Muy convenientemente no empezó a hacer milagros en la primera edad, porque hubiesen creído que la Encarnación era sólo aparente, y lo hubieran crucificado antes del tiempo oportuno, acosados por la envidia».

María es Madre de Jesucristo, Dios y Hombre verdadero, y en esta escena evangélica adelanta los milagros de su Hijo iniciando así su mediación universal. Acudamos a la Virgen, que es también Madre nuestra; por eso nos pedía el Señor en el mensaje de 1 de agosto de 1998: *«María es el Canal de todas las gracias. María es la Medianera de los hombres y yo. ¿Cómo los hombres no acuden a María? Es la hora de María y yo he puesto el mundo en sus manos»*.

² Jn 2, 1-5.

3º: El Anuncio del Reino de Dios invitando a la conversión

Nos dice san Mateo que, después de su retiro en el desierto, Jesús empezó a predicar y decir: «Convertíos, porque el Reino de los cielos ha llegado»³; y añade: «Recorría Jesús toda Galilea, enseñando en sus sinagogas, proclamando la Buena Nueva del Reino y curando toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo»⁴. Su fama, entonces, se extendió por todas partes, le seguían las multitudes y Él les enseñaba incansablemente.

Hoy, como en aquel tiempo, las almas tienen ansias de verdad y la buscan en quien se la muestra con claridad. Por eso, acuden tantos miles de personas a escuchar a Benedicto XVI, como harán los jóvenes en la ya cercana Jornada Mundial de la Juventud. También en Prado Nuevo se mira a los jóvenes creyentes con esperanza; ellos son el futuro de la Iglesia; por eso pedía la Virgen en un mensaje: «*Quiero que la juventud aprenda el Evangelio tal como es, y vayáis de pueblo en pueblo enseñando a los hombres la verdad y la palabra de Cristo. No os durmáis, hijos míos*»⁵. El encuentro con el Papa en los próximos días será una inmejorable ocasión para empezar.

³ Mt 4, 17.

⁴ Mt 4, 23.

⁵ 3-II-1990.

4º: La Transfiguración del Señor

Hoy, en la fiesta de la Transfiguración del Señor, meditamos en este bello misterio luminoso, donde brilla la luz de modo especial. Reza una plegaria de la Liturgia: «Tú te transfiguraste en la montaña, y tus discípulos, en la medida en que eran capaces, contemplaron tu Gloria, oh Cristo Dios, a fin de que, cuando te vieran crucificado, comprendieran que tu Pasión era voluntaria, y anunciaran al mundo que Tú eres verdaderamente la irradiación del Padre»⁶.

La Pasión de Cristo es fuente de luz y de gracias. En uno de los mensajes de Prado Nuevo, se lo mostraba el Señor a Luz Amparo: «Mira, hija mía —le decía—, mira el Amor crucificado», y ella describía así esta visión: «Veo... ¡Ay!, del costado de Jesús salen muchos rayos (...). ¡Huy!, también de su cabeza, de los agujeros de las espinas salen rayos para todos los hombres (...). ¡Huy, de un corazón!, de ese Corazón de Jesús (...), ahí está María. Pues se van los rayos hacia el Corazón de María. ¡Cómo se abre su Corazón!, y salen también muchos rayos». Y explicaba la Virgen, a continuación: «Mira, hija mía, todos esos rayos son gracias que mi Hijo manda a la Iglesia, para que los hombres puedan recibirlas».

Meditemos en la Pasión de Cristo; es el mismo Jesús que se transfiguró ante los Apóstoles, para fortalecerlos después durante su Pasión y ante las pruebas, que tampoco faltarán en nuestras vidas.

⁶ Plegaria de la Liturgia bizantina.

5º: La Institución de la Eucaristía

En la Última Cena, Jesús instituyó, además de la Eucaristía, el sacramento del Orden sacerdotal, y entregó a sus discípulos el precepto de la caridad: «Os doy un mandamiento nuevo: que os améis los unos a los otros. Que, como yo os he amado, así os améis también vosotros los unos a los otros»⁷.

El mandamiento del amor es la exhortación más repetida en los mensajes de Prado Nuevo, y más de una vez aparece unido a la Eucaristía. Una vez se dirigía el Señor con belleza a los jóvenes: *«Diles a la juventud, hija mía, lo que es el verdadero amor; diles que se acerquen a mí; y en el silencio, con fe en mi presencia en mi Eucaristía, me pidan que les revele el secreto de la felicidad del corazón humano en esta vida y en la eternidad, hija mía. Revélales, hija mía, cuán dichosa te ha hecho a ti mi amor, y que no hay amor que haga feliz si no está injertado en mi amor»*⁸.

«En esto conocerán todos que sois discípulos míos: si os tenéis amor los unos a los otros»⁹, les enseñó también Jesús en la Última Cena. Amémonos de corazón; contribuyamos para que en este mundo se establezca la civilización del amor. Valoremos la Eucaristía, que es fuente de amor para las almas.

⁷ Jn 13, 34.

⁸ 13-XI-1981.

⁹ Jn 13, 35.